



## Juan Huarte de San Juan: un itinerario cultural

*José Ignacio Lacasta-Zabalza*

Catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Zaragoza

### **Tiempos muy duros para un intelectual tan atrevido como el navarro**

Juan de Huarte San Juan nació, alrededor de 1530, en San Juan del Pie de Puerto, Donibane Garazi en el euskera de siempre o Saint Jean de Pied de Port en el francés de hoy.

Hay gente que cree que las fronteras de los Estados (o de las comunidades autónomas) las puso alguna divinidad y se quedaron así para siempre. En el tiempo de Huarte San Juan es difícil hablar científicamente del concepto de Estado (idea más propia del siglo XIX, asociada a la “nación”) y ellos hablaban con más corrección de República (para referirse a la dimensión colectiva y cívica de la organización política), de Reynos (donde se relacionaban en este caso, España, Navarra y Francia) y, sobre todo, del Rey que era el que detentaba los poderes concentrados o la “soberanía” (dolorosa idea que, efectivamente, nace por aquellos tiempos).

La familia de Huarte de San Juan y él mismo, en las pruebas de linaje que tuvieron que hacer en su vida, se autodefinían siempre con una expresión preciosa sobre su origen étnico y geográfico: «de los vascos de Navarra».

No hay cosa más hermosa que la claridad. En Navarra existimos los vascos (o los que quieren serlo) y los que no son (o que no quieren serlo). El asunto, que no habría que dramatizar tanto y tanto sería el de hacer coexistir pacíficamente estas dos tendencias, no pensar en términos jacobinos de sumisión de minorías a mayorías y dar generosamente cauces tanto a minorías como a mayorías, olvidándose del nefasto «a ver quién gana».

Pero volvamos a nuestro siglo XVI. San Juan del Pie de Puerto era la capital de la sexta-merindad de Navarra (zona todavía llamada la Baja Navarra), también descrita como Ultrapuertos o, de una manera conocida y arcaica, Allempuertos. Carlos I de España y V de Alemania renunció a mantener esa plaza fuerte fronteriza, por razones tanto estratégicas (la distancia) como económicas, desmanteló así el castillo y las fortificaciones de San Juan y, dicen las exactas crónicas, «desamparó aquella tierra». Las Cortes de Navarra dieron un feo golpe jurídico a los bajonavarros al declararlos extranjeros en 1583. Y Felipe II suspendió la decisión de las Cortes navarras. La situación para los ciudadanos de San Juan era de indefensión total y, lo que es peor, de inseguridad absoluta. En 1660 la Paz de los Pirineos adjudicó esa plaza a la Corona de Francia pero, hasta entonces, los bajonavarros como Huarte vivieron un infierno de pruebas y probanzas acerca de su ciudadanía y, lo que en España era decisivo y hasta mortal de necesidad, de demostraciones acerca de la pureza de sangre o “linaje”. Como durante mucho tiempo se dijo en la vida jurídica navarra y en ortografía original, para cualquier actividad o testimonio había que acreditar «no aver sangre de moro, judío ni agote».

Ante la carencia de una ciudadanía efectiva, muchas familias de San Juan emigraron. El padre de Huarte de San Juan fue Alcalde Mayor de su ciudad y con hidalguía demostrada según la documentación existente. Pero en aquel tiempo nada estaba tan seguro y, por ejemplo, ese apellido materno “San Juan” podía ser sospechoso de judío converso pirenaico (pues los conversos de allí, entre otros, eligieron apellidos de santos). Y no digamos nada la la profesión de Huarte San Juan, que era la de médico o físico tan habitual entre los judíos. El mismo Huarte, en el capítulo XII de su Examen, comenta que el rey Francisco I de Francia no quiso los servicios de un galeno cristiano, sino los de un judío que «son los que tienen habilidad natural para curar». El caso es que, en la época, no extraña nada lo de «vascos de Navarra». Según el Diccionario de Cobarruvias de 1611 sobre la voz “Vasuña”: «La Cantabria, Guipúzcoa, Alava y las demás partes de reyno de Navarra, que han participado deste lengua, es la de la gente más antigua y más noble y limpia de toda España». Para tranquilidad de los partidarios de los elementos culturales no vascos de Navarra (romances, judíos, agotes y bereberes), este Primer Diccionario advierte que el euskera se habla «en parte de Navarra».

En todo caso, el componente “vasco” era una salvaguarda étnica ante la Inquisición, tan celosa ella de la “limpieza” sanguínea en una sociedad, como la española, que difícilmente podía estar más mezclada en cuanto a razas. El año 1575 Huarte editó su libro-estrella, conocido abreviada e internacionalmente como *Examen de Ingenios*. Es preciso recordar que

Fray Luis de León se hallaba en esas mismas fechas y año en las mazmorras del Tribunal de la Fe de Valladolid; Fray Luis era de origen judío y había traducido el “Cantar de los Cantares” a pleno disgusto de la Inquisición. Lo había dado a conocer también como lo que en realidad era: una apología del amor humano de la más alta calidad. Diez años antes, una de las mujeres más impresionantes del pensamiento y las letras de todos los tiempos, Santa Teresa de Jesús, había visto sus escritos acusados de «doctrinas nuevas» e «iluminismo» por el inquisitorial Tribunal de Sevilla. También por las venas de Teresa corría la sangre prohibida y siempre sospechosa de los judíos conversos. Y la Inquisición había prohibido dos capítulos de *El lazarrillo de Tormes* e incluido en su famoso Índice, entre los libros que no se podían leer, *El libro de la oración* de Fray Luis de Granada y las *Obras del cristianismo* de San Francisco de Borja.

Huarte de San Juan había estudiado en tiempos de Carlos V en Alcalá de Henares. Con ese rey, todavía en España y Europa había un cierto clima humanista y cierto desarrollo del erasmismo intelectual. Con Felipe II, su reinado se inaugura con la presidencia de un “auto de fe” en Valladolid. Además, 1563 es el año del Concilio de Trento, cuyas disposiciones son de obligado cumplimiento –por voluntad de Felipe II– en «todos sus reynos».

Uno de los fines tridentinos es el de acabar con «los ingenios insolentes». Ingenio poderosísimo, el de Huarte de San Juan, que habría de ser considerado «insolente» por la Inquisición española y la de Roma.

Tanto, que el libro de Huarte ha sido incluido en todos los Índices de libros prohibidos por la Iglesia católica hasta, se dice pronto, el Concilio Vaticano II y el decreto de 15 de noviembre de 1966 de la Congregación de la Doctrina de la Fe que derogó los cánones relativos al famoso Índice.

### **Los reproches de la Inquisición al pensamiento de Huarte**

Huarte se fue a vivir a Baeza (Jaén), que entonces era una ciudad próspera y de cierta relevancia cultural. Allí ejerció su profesión de médico de éxito; y fue contratado por esa ciudad con todos los avales necesarios y el del rey Felipe II.

El libro se editó por vez primera en Baeza en 1575. Y su título completo es *Examen de ingenios para las ciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que hay en los hombres, y el género de letras que a cada uno responde en particular*.

Naturalmente el libro tiene sus defectos y antiguallas, e ingenuidades que hoy nos hacen sonreír. Alguna está en el título mismo; como la posibilidad –creían Huarte y otros pensadores de entonces–, de saber de antemano, mediante un examen de la naturaleza y “potencias” de cada cual, la profesión para la que podían ser más aptos. Cuando si de niños nos hubieran dicho lo que íbamos a ser el día de mañana, y aún de adolescentes, quizá en muchos caos nos hubieran parecido absolutamente chiflados los que nos hubieran anunciado nuestro efectivo futuro laboral. Eso siempre es un proceso complicadísimo, en el que intervienen muchos factores; y hoy uno particularmente cruel: la demanda.

En descargo de Huarte, tampoco la idea es del todo vieja. Cuando yo era joven recuerdo que se nos preguntaba con toda seriedad por nuestra “vocación”. Palabra que ha desaparecido

de las conversaciones con adolescentes, porque es obvio que hoy esa “llamada” puede provenir de sitios tan indecentes como la precaria situación de los empleos.

En todo caso, la Inquisición no se inquietó tanto por lo de las «profesiones». Que también tenía un elemento moral avanzado en Huarte. Pues, al exigir que las ejercieran los más aptos, también cuestionaba los oficios hereditarios y simonías o compra de los mismos a cargo de los poderosos. La propuesta iba, desde luego, en contra de la «inmovilidad social» absoluta y los compartimentos estancos entre clases diversas; inmovilidad de la que eran partidarios no pocos poderosos, sobre todo entre el estamento nobiliario.

A la Inquisición le desagradó profundamente que Huarte hiciera entrar la afirmación de ser «el entendimiento potencia orgánica» del hombre y no «potencia divina». La mediación del cuerpo humano, el cerebro, entre el intelecto y Dios, les parecía a los guardianes oficiales de la fe una herejía peligrosísima. Entendámonos, Huarte no negaba –como buen cristiano que era– la «inmortalidad del alma». Dios no depende de la razón humana, que es otro modo de presentar lo que decía Huarte, tenía la contrapartida de otorgar excesivo protagonismo a algo tan denostado entonces como nuestro cuerpo. Cuerpo que se veía algo así como un sucio y sangriento receptáculo del alma. Pero el cerebro, y su sangre, pensaba Huarte, están enormemente relacionados con la actividad intelectual de los seres humanos. Tanto como la alimentación, que es tan decisiva en todo nuestro desarrollo corporal y espiritual.

Tampoco cayó bien la crítica de Huarte al corto entendimiento de muchos predicadores de la época (asunto que veremos repetido en el siglo XVIII español). Decía que sus facultades no pertenecían al «entendimiento» (inteligencia, diríamos coloquialmente nosotros); sino a la «memoria». En resumen, sobran clérigos que reciten insípidos textos y faltan ministros religiosos que apliquen «el ingenio» por estar dotados «de un buen cerebro» que nos conducirá hacia el «buen obrar».

Estas dos cuestiones no eran de recibo para las inquisitoriales e hispánicas cabezas que ejercían la censura. Tampoco lo era la proposición de Huarte, que enlazaba con lo mejor del protestantismo y del humanismo, de interpretar la Biblia o “Escritura divina” según «la letra» de la misma y no quitando «a los términos y vocablos su natural significación». Este aserto era peligrosísimo, por cuanto el Concilio de Trento había zanjado la discusión al sostener que la «interpretación verdadera» era la «que le ha dado y da la santa madre Iglesia». Que, curiosamente, iba en dirección contraria a Huarte: o en favor de suprimir el significado natural o literal de los términos bíblicos.

La Inquisición le hizo rectificar los capítulos censurados, cosa que obedeció Huarte. No tuvo problemas personales con aquella «policía política» (que eso es lo que era), dada su obediencia a las indicaciones y su astutísima encomienda y dedicatoria del libro (y de algunos de sus pasajes) nada menos que a Felipe II.

En España, aunque prohibido el libro, se publicó en la edición censurada por la Inquisición. Pero en los Países Bajos (faro entonces de tolerancia y libertad religiosa) se editó en su versión primitiva, que se reprodujo, en vida de Huarte, en tres reediciones en lengua italiana y dos en la francesa. En España no se volvería a conocer íntegramente el fabuloso libro hasta 1846, año en el que Ildefonso Martínez se tomó la rentable molestia de reeditarlo.

## Huarte: pensador universal

Aún hoy es un gozo leer un libro tan sencillo y pulcro. Huarte conocía muchas lenguas, clásicas y contemporáneas, pero su preferida era el castellano. Que es punzante y entretenido.

De todos los pensadores que han escrito en castellano, pocos son los que tienen renombre universal. El aragonés Baltasar Gracián es el único español citado por el prestigiosísimo y dieciochesco Diccionario filosófico francés. Gracián, interlocutor buscado por Nietzsche y Schopenhauer, ha encontrado asimismo eco –a fines del siglo XX– entre los especialistas de la filosofía política y moral. Cervantes, aunque más como novelista, también figura entre los famosos. Calderón de la Barca, sobre todo en Alemania, donde gentes como Hegel y Marx lo tomaron como arquetipo –discutible– de una cierta estética y moral española. Y... pare usted de contar, como se dice vulgarmente. Por aquí se suele afirmar que también Ortega y Gasset, pero ya hace mucho que aquel semanario humorista “La Codorniz” le llamó «filósofo I de España y V de Alemania” para, comparándolo con Carlos Emperador, ponerlo en su sitio efectivo.

En lo que respecta a nuestro Huarte, su obra nunca ha dejado de estar en un justo y elevado pedestal de la inteligencia moderna. Desde que lo citara Cervantes en su Quijote hasta que, a finales del siglo XX, lo estudiase como lingüista nada menos que el norteamericano Noam Chomsky, pasando por la ineludible referencia de toda Historia de la Medicina (y en España autores de la talla de Laín Entralgo y Gregorio Marañón, entre otros muchos), Huarte, como figura del humanismo que en España pudo haber y fue sustituido por las normas tridentinas, siempre ha sido uno de los escasísimos pensadores de alcance mundial.

Y, si olvidamos la célebre broma barojiana, no digamos nada si asociamos lo de «pensamiento y navarro». ¿Qué navarro hay en la historia de la cultura que se le pueda equiparar?

En el Parque de la Taconera de Pamplona, Huarte tiene un pequeño monumento, muy coqueto, con una pequeña puerta y vegetación en un jardín que lo circunda. No está mal. No hay que compararlo con el monumento a Goye, que no es citado en todo el mundo, pero sí está bien y justamente apreciado entre los amantes de la ópera, ¡ah! y en los medios de comunicación de su época. Quizá eso explique la diferencia de tamaño entre los dos monumentos y el grado de conocimiento de uno y de otro.

Cada cual en su género y sitio.

## Bibliografía:

Examen de Ingenios para las ciencias. Edición de Esteban Torre, Madrid, Editora Nacional, 1976.

RESUMEN

El autor glosa en el presente artículo el itinerario cultural de Juan Huarte de San Juan, pensador navarro, nacido en los años inmediatamente posteriores a la conquista de Navarra, hecho que marcó de manera meridiana su devenir. Prueba de ello son los reproches que suscitó ante la Inquisición su libro-estrella, el Examen de Ingenios. Para finalizar, el autor reivindica la figura de Juan Huarte de San Juan como pensador universal.

LABURPENA

Artikulu honetan, egileak, Huarte Donibaneren ibilbide kulturala pausatu digu. Bere jatorriak eta bizi zuen aroak bete-betean markatu zuten Huarte Donibane. Horren lekuko dira, bere lan nagusia den «Examen de Ingenios» liburua dela eta, Inquisizioarekin izan zituen arazoak. Egileak, Huarte Donibaneren pentsamenduak duen balio unibertsala azpimarratzen du. Baroja oker omen zebilen.

ABSTRACT

In this article, the author comments upon the culture life of Juan Huarte de San Juan, a navarre intellectual, who was just born after the Navarra's conquest. His life was influenced by this fact just as it showed a few years later, when he had a lot of problems with the Inquisition, due to his most famous book, «Examen de ingenios». Besides, the author claims the world character of this intellectual.